

# Tolerantes o tolerados

Por Joan FUSTER

LA palabra «tolerancia», no tiene muy buena Prensa hoy día. Tirios y troianos la evitan con un cuidado casi exquisito, y, de hecho, sólo suele utilizarse en cuestiones de «costumbres», —de malas costumbres, según la terminología habitual—: la «sociedad de la tolerancia», por ejemplo. En realidad, es lógico que se la esquiven. Al fin y al cabo, «tolerar», significa, de entrada, hacer la vista gorda ante algo previamente declarado reprobable, consentir lo que no está permitido por la ley o las convenciones, dejar hacer por mera condescendencia. El «tolerado», se siente incómodo en una tal perspectiva. Le niegan el derecho a ser o a comportarse a su modo; se limitan a no castigarle por ello. Ciertamente que más vale eso que nada, y la vida, en el fondo, consiste en una trama de pequeñas tolerancias mediante las cuales la gente respira un poco y a ratos. Pero el esquema de la situación es vejatorio. Uno —el «tolerado»— se pregunta en nombre y en razón de qué, otro —el «tolerador», o «tolerante»— le administra su libertad. Naturalmente, la reflexión no puede ser más ingenua. El tinglado social está montado de una manera universalmente determinada, en la cual hay quienes tienen la sartén por el mango y hay quienes están expuestos a recibir los sartenezos.

Desde un ángulo teórico, los titulares de la sartén alegan que son depositarios de la «verdad», de la «justicia», del «bien común», de la «moral», de todos los fantasmas solemnes posibles, y, en consecuencia, queda así justificada la presión que ejercen contra los demás, contra los «disidentes», «heterodoxos», «inmorales» o lo que sean. Se trata, siempre, de un planteamiento dogmático, y, por tanto, maniqueo. Lo corriente es que estos individuos, en momentos de santa indignación, exclaman: «¡Es intolerable!», «¡No se puede tolerar!», «¡No toleraremos!». En la práctica, sin embargo, unas veces más, otras menos, hacen concesiones: toleran. De no hacerlo, todo el tinglado se iría al cuerno. En materia de conductas privadas, siempre hubo una relativa manga ancha. Pensemos que una sociedad obsesivamente virtuosa —con los clásicos siete pecados capitales cancelados— sería como una inmensa Trapa, con grave detrimento para la industria y el comer-

cio y para la mismísima perpetuación de la especie. Nadie, excepto algún loco iluminado, pretendió nunca tal cosa. Las épocas más puritanas fueron también muy disolutas. Hipocresía y tolerancia se daban del brazo para salir del paso.

En el área de la política ocurre otro tanto. El sistema llamado «liberal», que es, de todos los conocidos, el más tolerante, también pone un límite a su tolerancia: por ambos extremos, una afirmación dogmática se le enfrenta con programas intolerantes, y, por supuesto, la intrínseca condición clasista de su estructura —el nombre técnico es «democracia burguesa»— le obliga, en un obvio sentido de autodefensa, a perseguir amargamente a sus enemigos. La tolerancia —y la represión, que es su premisa— desaparecería en una hipótesis libertaria absoluta, y que se sepa, esta utopía ni siquiera se ve clara a nivel especulativo y para matar el tiempo. Las «libertades formales», bien mirado, y pese a la justa crítica de que han sido objeto, continúan siendo pedazos de tolerancia muy apreciables. Los que, por una maligna conjuración geográfica e histórica, nunca las hemos disfrutado, experimentamos la seducción de su espejismo. ¿Que son una trampa? Bueno: vengan trampas como esa, y Dios dirá. Porque entre una oferta de «libertades formales» y la prolongación del garrotazo y tente tieso, la elección es sencilla. Locos aparte.

Y no se crea, por descontado, que esta «esperanza» es o pueda ser nunca medianamente fácil. El «liberalismo», por serio, arrastra unas contradicciones más penosas y automáticas de lo que la oposición marxista indica. No es imprescindible calar hondo y denunciar el embrollo conflictivo subyacente. Cuando yo era un chaval, leí en algún papel político-ecclesiástico una bella argucia antiliberal, que me impresionó bastante. Procedía de un integrista francés, Veuillot de apellido, creo: un Sardà i Salvany más ingenioso que el indígena. Aquel señor decía a sus contemporáneos liberales: «Vosotros, mientras sigáis mandando, tendréis que tolerarnos, porque por principio no distinguís entre Verdad y Error; pero, ¡ay, cuando mande-

mos nosotros, los propietarios de la Verdad, no os tendremos ninguna compasión, y os destruiremos, porque sois el Error.» ¿Quién se acuerda ahora de Veuillot? Sin embargo, su sofisma —¿es un sofisma?— no ha perdido vigencia. Puestos a «tolerar», hay que tolerar a los «intolerantes», y no hace falta mucha imaginación para prever el resultado. Son «las dulces molestias de la libertad», como decía aquel gran poeta y apacible político que fue Jaume Bofill i Mates. ¿«Dulces»? El adjetivo es encantador. De una buena fe mayúscula. Todavía los «comandos incontrolados» eran inéditos.

La tolerancia, en su mejor acepción «cultural», sólo alcanza un sentido válido cuando es mutua. O recíproca. No una «concesión», sino un «respeto» de unos a otros. Eso implica que nadie parte de la idea de que él —o su partido— tiene razón, toda la razón y nada más que la razón. ¿Quién es el guapo que se atribuiría este rango? Sí: hay quien lo hace. Y quienes lo hacen repudian el «pluralismo» como una insidia derechista. Me parece que doña Simona de Beauvoir, en un espléndido panfleto sobre «el pensamiento político de la Derecha», aseguraba que el «pluralismo» es reaccionario. Quizá sí, y sí lo es, ella misma, la ancianita Beauvoir, denostando el «pluralismo», se aprovechaba de él: sólo dentro de unas coordenadas «liberales» ha podido funcionar esta distinguida dama, es decir, con el cobijo de la Derecha y siendo de derechas su crítica de la Derecha... Estos tirabuzones dialécticos acababan siendo, más que grotescos, fatigantes. Siempre habrá quien, considerándose apoderado de la Verdad —revelada o científica—, pedirá el monopolio del catecismo, de la inquisición y de los ministerios. La Verdad...

El buenazo y escéptico de Poncio Pilatos —un gobernador civil que ya lo quisiera uno para su provincia— confesó su perplejidad en una frase epigráfica: «¿Qué es la Verdad?» Y eso digo yo: ¿Qué es la Verdad, qué son las verdades, en política, en economía, en cultura, en las avideces sexuales? Sí: hay mucha «verdad» clara y clarificada. No es toda la verdad ni es nada más que la verdad... Tolerémonos los unos a los otros. No es pedir demasiado. Para lo que nos queda por vivir...